AJAVA y su mal de Cup[Cap] en el jardín de la calle Doctor Lluch

Ajava no es el nombre de una inmigrante magrebí ni el de un grupo musical; más bien es el acrónimo de la Associació d'Amigues i Amics dels Jardins Valencians, un conjunto de ciudadanas y ciudadanos que escrutan y olisquean por nuestras calles en busca de espacios verdes... ¡Ay, se me ha escapado la infausta expresión! Quería decir espacios violetas, amarillos, ocres, blancos que, junto al verde, forman los jardines, jardincillos, jardincetes de cualquier ciudad. Porque con el truco ése de "espacios verdes" me ponen malahierba bajo los pies y me sueltan: ¡Toma tu metro cuadrado de jardín, so burro!.

Pues nada, ahí nos fuimos, a nuestros metros cuadrados del llamado Jardín del Doctor Lluch, en El Cabanyal, a dos pasos de la arena, la luz y las olas que hoy se venden enmarcadas, gracias a Sorolla, por miles de euros, y hasta el 2007 se alquilan, especuladas, por muchos miles de euros más. Total, que allí estábamos justo el día que entró el otoño, en el jardinazo o espacio verde, no sé, de doctor Lluch, tumbados sobre la mullida... ¡gomaespuma de cuatro preciosos colchones, allí tirados por si la hierba no daba el espesor suficiente!

El breve descanso estuvo fenomenal, mas, por desgracia, no evitó que, al levantarnos, la realidad fuese *heavy, heavy*: la mayor parte de los ladrillos de hormigón de los muretes, gradas, barandas, rampas, escaleras, jardineras, bordillos, muretes, muros, gradas, gradas, barandas, rampas, escaleras – sí, sí, me repito, pero es que enmarcan, escalan, dividen, elevan, inundan todo el espacio- están desvencijados, como viejas muelas grisáceas mostrando el hueco negro de la caries. ¿Por qué no los enfundan y pintan de verde y así ganamos en metros de ese color tan abundante en los planos de los proyectos urbanísticos?. Ahora, eso sí, hay hierba o césped o verde, no sé, por un tubo, en fin, algo verde que diga que sí, que el espacio es verde y se acabó, sea un jardín o no sea. Vale, pero nosotras somos amigas i amigos de los jardines, no del color verde, mujer, que ya está bien.

Bueno, fuimos paseando pero no bajo los árboles, sino con el sol a cuestas por tres malas plazas cementosas y por paseos áridos con cochambre a los lados, siempre con montoncitos de ruinas con trapos y papeles rellenando las antedichas caries. Paseando, pero no bajo los árboles, porque hay que pasar encogidos bajo ellos, o a gatas, para llegar a los estupendos colchones. Después de, lo menos, quince años o más de existencia de este amigo de Ajava que es el jardín de doctor Lluch, ¿no es raro que el arbolado no dé la sombra que debiera, y que su porte sea canijo, con ramas como colgajos y que no amparen de nuestros veranos inclementes sino que arañen como alejándonos de allí? ¿Está bien concebido el jardín, nos protege del áspero entorno, está cuidado o es una justificación barata para que el barrio tenga su espacio verde y a callarse?

Ajava está desconcertada porque siendo un espacio grande con plantas abundantes y maduras parece que le falta todo, que ha fallado como sueño junto al mar y que hay una sucia despreocupación en dejarlo así: roto, desvencijado, triste. Como síntoma de este abandono, diré que hay dos entradas triunfales con grandes pérgolas, una rampante, otra escalonada, ambas desnudas sobre el cemento, que fueron hechas para estar vestidas, gloriosas, floridas, para crear dos túneles de invitación a entrar. Ajava desconoce si algún día existió en ellas vegetación, pero hoy cualquiera que las atraviese sin perro parece un desheredado.¡Qué bonitas las palmeras!, vale, venga palmeras, qué bonitas, pero su reino lo anuncian en el cielo, desde lejos recrean un vergel, pero de cerca y aquí en la tierra nos torramos pues la sombra la dan con cuentasombras. Vale palmeras, pero Ajava cree que no son la esencia de un jardín y que no hace falta mucha imaginación para plantar también árboles que se desnudan en invierno y se cubren en verano, al revés que nosotros, tontos ellos y que nos vendrían tan bien, y que sean altos para crear algo así como un gran techo abatible sobre nuestras cabezas, que se abre y cierra según nuestra conveniencia. Pues no;

AJAVA

aquí el arbolado es pobre y bajo, y la razón de su existencia, después de tanto tiempo, parece más estadística que natural. Y, luego, precisamente a mitad del jardín, hay como un momento mágico en que en vez de pájaros vuelan coches a toda pastilla. Una vía rápida pura y dura divide y somete el jardín con el ordeno y mando de sus semáforos, y no al revés, el jardín dominando la calle con, al menos, un gran paso cabra que disminuyese el impacto emotivo del paseante frente a dicho obstáculo. Es que parece un jardín como fallido desde el principio, como si existiese por obligación, mostrando su carácter de metros y metros cuadrados de espacio verde porque sí. Y eso es lo que Ajava y los ajavos denunciamos: el concepto burocrático de jardín en el que las plantas cumplen funciones administrativas: pot tantos ladrillos tantos capullos. Todos sabemos lo atractivo que es un jardín hermoso, y , además de espacio público, útil, abierto y sin fincas, hemos de exigirlo también con esos adjetivos: atractivo, hermoso. Mas parece que el tiempo al jardín de la calle Doctor Lluch no le ha beneficiado, ni a él ni a su entorno, que es un páramo de suciedad y miseria.

Como para distanciarse de su alrededor inhóspito, el jardín ostenta por el este toda una enorme jardinera perimetral donde supuestamente una muralla de cipreses debía de separar el bien del mal, lo hermoso de lo feo, lo mangui de lo chic, en definitiva, lo que se debe mostrar de lo que conviene ocultar. Pero, como si al tiempo le molestasen esas distinciones, casi todos los cipreses murieron dejando un hueco por donde el jardín se convierte en solar a un metro por debajo de su nivel, creando un vacío por donde se cuelan los niños, los viejos y los ciegos. Si a alguien que conozca el jardín de la calle doctor Lluch, en el Cabanyal, esto último le parece una exageración, sepa que este artículo es la divagación de unos ajavos mientras paseábamos por él, y fruto de su desencanto de habitantes de una ciudad antiguamente alabada por sus jardines.

Ajava mira ahí al lado, hacia el mar, y adivina en el horizonte el 2007 como número sagrado, y, flotando sobre la espuma, la *America's Cup* como Santo Grial que derramará su preciado líquido en forma de bienes y riquezas por doquier sobre Valencia. ¿No podría llegar hasta este lugar, al fin y al cabo tan próximo al gran acontecimiento, algo de ese río de abundancia, algo llamado, por ejemplo, sensatez, decoro y buenhacer? Para Ajava éste y otros jardínes se han convertido en un *mal de cap*, aunque en el sufrido Cabanyal, dice un vecino, un *mal de Cup* lo tiene cualquiera.

AJAVA